



TESTIMONIO

MIGUEL D'ESCOTO

«AQUI HUBO UN TREMENDO *FRAUDE*, PERO GANO LA REVOLUCION»

Ex-ministro de Asuntos Exteriores de Nicaragua, Miguel D'Escoto dialoga sobre el futuro de este país centroamericano tras la victoria de Violeta Chamorro en los primeros comicios celebrados desde la Revolución Sandinista de 1979. Su interlocutor, el alcalde del municipio sevillano de Marineleda.

Por Juan Manuel Sánchez Gordilla

—**D**ígame sus impresiones generales sobre estas pasadas elecciones.

—Se dice que estas elecciones fueron limpias y honestas. Han sido unas de las elecciones más fraudulentas en la historia electoral de América, incluso de cualquier parte del mundo. Aquí hubo un tremendo «fraude» perpetrado por EE.UU. «Fraude», es decir, algo que impide que la voluntad soberana de un pueblo se exprese libremente. Aquí hubo presiones tremendas. Ya desde el comienzo se vio clara la idea de que «ésta es mi elegida, ésta es mi ungida, voten ustedes por ella y les perdonaremos la vida...». Y los retratos esos de la oficina ovalada de Washington con

Violeta no tenían otro objetivo que decirle al pueblo nicaragüense que «con ésta sí».

El pueblo de Nicaragua es muy valiente y muy heroico. Por eso, debemos notar que a pesar de toda esta tortura económica y psicológica y de todo tipo que ha venido sufriendo a lo largo de esta década, el 41% del pueblo dijo: «bueno, me quebrarás la mano, pero no voy a “pedir cacao”¹». Sin embargo, no todo el mundo tiene la misma resistencia de sufrir tortura, y un 15 ó 20% “pidieron cacao”. Los mismos medios de comunicación social de EE.UU. en ge-

¹ “Pedir cacao”, acabar rindiéndose, en el argot popular nicaragüense.



neral lo están diciendo estos días: el pueblo de Nicaragua no votó con el corazón, sino con el estómago. Muchos incluso no votaron porque vendieron su carnet, el carnet que les permitía emitir el voto; lo vendieron por 50 dólares.

Y está dándose un fenómeno —ustedes estuvieron acá y lo tienen que haber constatado— un fenómeno que yo considero rarísimo, pues nunca había oído que sucediera una cosa así: en primer lugar, después del resultado electoral aquí parecía que estábamos de duelo nacional. No había nadie por la calle. Los buses iban vacíos. Parecía un viernes santo, o peor que un viernes santo.

Fundamentalmente este voto fue un voto —como decimos aquí— «de ilusión». No es tanto un «voto de castigo», lo cual sería un fenómeno normal. Ciertamente no es un voto a favor de la UNO, pero tampoco es un voto en contra del Frente. Es un voto «de ilusión», en el sentido de «a lo mejor con esto se satisfacen los gringos». Y también es un voto que expresa la total desconfianza de nuestro pueblo respecto a los norteamericanos; si ganaba el Frente Sandinista, por más observadores que pudieran testimoniar que esto había sido totalmente limpio, no bastaría para que los norteamericanos desistieran de su política agresiva de uso ilegal de la fuerza y de coerción contra nuestro país.

—En Nicaragua, ¿ganó la democracia o ganó la intervención?

—Indiscutiblemente sufrimos una derrota electoral, pero es la derrota que garantiza el triunfo de la revolución. En Nicaragua no ganó la democracia, no ganó la intervención; pero venció la revolución. ¿Por qué? Porque la alternativa hubiera sido que la gente efectivamente hubiera dicho: «que me quiebren el brazo, pero no “pido cacao”» y

que hubiera votado de conformidad con su corazón. Entonces hubiéramos seguido seis años más. En esos seis años el desgaste hubiera sido tremendo. Porque hubiéramos tenido que seguir con el SMP, porque nos habrían obligado, a la fuerza, porque hubiera seguido la guerra, y la cosa económica hubiera seguido empeorando. Y diez años más hubieran significado un desgaste mortal. Entonces esto es como la revancha del Güegüence², que piensa una cosa y dice otra. Todo en doble sentido casi. Es una especie de repliegue, como el “repliegue táctico” que nos llevó a la victoria cuando en la lucha militar de la guerrilla contra Somoza nos retiramos de Managua. Alguna gente decía: «ya se perdió todo». Pero no, el repliegue era sólo táctico, para volver. A los pocos días, volvimos de nuevo, y ese fue el triunfo.

Este fue un repliegue en esta lucha político-ideológica. La única diferencia es que no fue intencionado. Es casi como que el Señor inspira a la gente para que utilice el método güegüence para derrotar y aplastar al método imperial norteamericano. Y vamos a ver, porque lo que le han pasado a la señora es una bomba de tiempo.

Por un lado queda establecida algo que difícilmente se podría haber logrado con los mejores testimonios e informes de los observadores sobre la limpieza indiscutible del proceso electoral. A pesar de todo, siempre se cuestionaría si realmente somos democráticos o totalitarios, o que si lo que nos interesa es el poder... Ahora esto ha sido una de prueba fuego, donde eso ha quedado claro y es incuestionable.

² *El Güegüence*, comedia popular de mediados del siglo XVII, que refleja la astucia del mundo indígena nicaragüense para sobrevivir ante el conquistador.



Porque incluso estas elecciones han sido realmente una cosa repugnante. Yo vi a altos funcionarios de organismos internacionales, que residen en EE.UU., cómo me decían que nunca jamás en la vida volverían, porque estaban asqueados, llorando, a la media noche, antes de que se supieran los resultados, por lo que estaba pasando. Me decían: «padre, es una barbaridad, cómo al pueblo se le está obligando a hacer esto...». Pero ese tipo de fraude no es el que normalmente se registra, entonces queda como que no es fraude. Pero fueron fraudulentas. Claro que hubo fraude. Ya lo decía en forma casi profética un editorial del The Boston Globe, creo que como 5 ó 6 meses antes de las elecciones. El editorial hablaba sobre la posibilidad de fraude, y decía que lo más probable era que iba a haber fraude, y que el fraude iba a ser el fraude cometido por el Gobierno de EE.UU., con esas pretensiones que impiden que el pueblo exprese realmente lo que desea.

Pero bueno, yo creo que ahora se va a ver la gran fuerza de la revolución: a pesar de todo esto, se entrega el poder... Y ahora se podrá ver cómo también un logro de la revolución es que Nicaragua es el único país que no tiene un ejército o una policía represiva. Es un gran logro. Y eso nos va a permitir seguir los métodos de Ghandi o de Martin Luther King, los métodos cristianos de lucha no violenta, en defensa de los logros de la revolución. Y eso vas a ver que va a ser de una magnitud impresionante...

—¿No creen que la corrupción, aunque sea muy fuerte la palabra, la prepotencia y la lejanía de ciertos cuadros medios del Frente Sandinista han sido también causa de la derrota? Y en cualquier caso, ¿cómo van a solucionar los sandinistas el

problema de los arribistas que siempre llegan al carro del poder?

—No cabe duda de que el Frente Sandinista es una organización humana, formada por seres humanos... Pero figúrate que en este momento, cuando hablas de corrupción —de lo que nunca se ha hablado acá. No quiero decir que no haya habido uno u otro que se haya vendido. Ya conocemos el caso de Miranda, que por 700.000 dólares se vendió a la CIA, y el de otros, incluso del ejército, que se han ido con helicópteros, como el que se llevó el helicóptero a Honduras hace más de un año, Quesada... Eso ha sucedido. Pero, bueno, hasta en las organizaciones supuestamente mejores ocurre eso. ¿No fue entre los doce apóstoles donde hubo un Judas que por treinta monedas de plata vendió a Cristo? Aquí por 50 dólares muchos vendieron el voto. Y no digo que el Frente sea una organización de santos, pero en cualquier caso acepto que se compare —y creo que salimos exitosos— con la Iglesia. Así que creo que más no puedo decir.

Pero sí, es posible, no podemos negar que más de alguno haya perdido el entusiasmo por el Frente por el mal ejemplo de algún militante. Eso es inevitable. Pero me acuerdo de una entrevista hecha a Alfonso Robelo, el que después del derrocamiento de Somoza fuera miembro de la Junta de Reconstrucción Nacional, es decir, una especie de presidencia colectiva que hubo en aquel momento. En una entrevista que le hicieron para una revista norteamericana hablando del tema de la corrupción decía que indiscutiblemente era el gobierno más honesto en América. Eso no quiere decir que más de alguno aquí o allá no haya sido quizá prepotente... Pero si eso lo vemos en obispos y cardenales ¿por qué nos vamos a sorprender de que más que algún pobre sandi-



nista, que sólo tiene diez años de estarse preparando y que no ha pasado por noviciados ni por seminarios, cometa este tipo de cosas que son lamentables y que con toda humildad tenemos que reconocer, pero que no son la característica del Frente Sandinista?

—Ustedes en sus intervenciones públicas han dicho muchas veces que una de las columnas básicas del sandinismo es el cristianismo. ¿Qué entienden ustedes por cristianismo? ¿Quién es Cristo para ustedes?, y en este aquí y este ahora, ¿dónde estaría Cristo y quién lo perseguiría en Nicaragua?

—Pues Cristo, sería confrontado, como en aquel tiempo, por el imperalismo y la sinagoga, la alta jerarquía de la iglesia, los líderes. Y tendría su contra: los que por 30 monedas de plata están dispuestos a venderse.

Cristo. ¿Quién es Cristo? Cristo es aquel o aquellos con quien él quiere identificarse: los pobres, los marginados, los explotados, los «utilizados» para pavimentar el camino del avance personal de los egoístas de los prepotentes, de los que pretenden ser señores de la tierra, de los que no son hermanos sino patronos. Cristo es el que abraza la cruz. Eso quiere decir estar dispuesto a correr todo el riesgo que implique la solidaridad con los débiles, y el riesgo que implica denunciar todo aquello que impide que vivamos la fraternidad. El que lucha en la construcción de la fraternidad, que no sólo vive en forma fraterna, sino que corre el riesgo de que lo crucifiquen por luchar en forma clara e inequívoca contra lo que nos impide vivir como hermanos. Ese es el Cristo en que creemos. Ese es el Cristo por fidelidad al cual gran parte de este pueblo es revolucionario y sandinista.

—¿Y tiene que ver algo este Cristo con Juan Pablo y con Obando?

—No me hagas preguntas tan difíciles. Yo conozco bien el pueblo y lo que el pueblo piensa, y conozco sus riesgos y las llagas de su sufrimiento. Acuérdate de santo Tomás: cuando Cristo resucita y Tomás no lo cree, el Señor se le aparece le dice: «aquí están mis credenciales. Ven y pon tus dedos en mis llagas». Para saber si alguno es cristiano pídele las credenciales. Pregúntale cuáles son las llagas que lleva en su cuerpo o en su alma como consecuencia de la solidaridad con los oprimidos, y si no las tiene, todavía no lo es, aunque pueda ser clérigo y de alto rango.

—La noche del 25 al 26 de febrero, ¿qué sintió como sacerdote, como revolucionario y como ser humano?

—Aquella noche, la noche del cómputo, yo estaba con el Presidente, toda aquella noche, y toda aquella madrugada, hasta el momento en que comparecimos ante la prensa. Sabes que... Bueno, al comienzo me parecía como difícil creerlo. Muchas veces había dicho yo: «qué bueno sería que ganaran ellos», pero me lo decía a mí mismo sin pensar que fuera una posibilidad. Decía: «que bueno que sería, para que tengan esta patata caliente en la mano, para ver qué harían con ella».

Empezamos a ver la tendencia con el primer 5%. Con el 10% ya dijimos, esto es así. Indiscutiblemente fue un impacto fuerte, pero lo asumimos con mucha tranquilidad. En primer lugar traté de reflexionar sobre eso y ayudar a los compañeros y compañeras a digerirlo y a comprenderlo mejor. Porque fue una sorpresa. Con el tiempo, ya a las 24 y 48 horas, lo que pensé es lo que he dicho antes. Creo que en realidad fue lo mejor para garantizar a largo



plazo la profundización del proceso revolucionario. Porque creo que de seguir con seis años más la quemazón, el desgaste hubiera sido terrible. Simplemente porque, aunque nuestro pueblo es muy heroico, muy valiente, todo lo humano tiene límite, y también lo tiene la paciencia y el heroísmo de nuestro pueblo, por muy grande que sea. Todo lo humano es finito por naturaleza.

Lo asumimos con mucha serenidad, que es también lo que pude constatar en Daniel. Pero para ser te franco, te diré que no teníamos planes de contingencia para la eventualidad que se dio. Ahí sí que nos equivocamos. Tuvimos que empezar inmediatamente. No había planes de contingencia. Pero también agarró de sorpresa a la UNO, ciertamente. Lo que quiero y lo que pido al Señor es que por lo menos duren en el poder unos tres años. A veces me parece que no van a durar uno. Pero ojalá que duren dos y tres, porque es importante que el mito sobre EE.UU. se erosione totalmente: que no son buenos amigos de nadie, que la amistad es algo totalmente incompatible con el ser imperialista, con el ser capitalista, con el ser egoísta. Aquí la gente votó por esa ilusión de que los estadounidenses no sólo desistirían de agredirnos sino que serían dadivosos y compensarían... Pues eso no lo son, por lo menos con América Latina. Nunca lo han sido. Y aquí no lo serán. Claro, mandarían una ayuda... No creo que de más de 50 millones de dólares, y un poco más que se logre reunir de los países europeos, lo que en total hará un monto de unos cien millones. Luego dirán: «bueno, les quito el embargo y váyanse al club de París a renegociar la deuda, y váyanse a negociar con el Fondo Monetario Internacional, para ver los nuevos mecanismos de ajuste económico...» Y entonces la gente sí

que se volcará a las calles, porque no va a ser lo mismo. Por eso lo que nos viene encima son días amargos. Y es importante que nos demos cuenta de ello.

Eso no quiere decir que vayamos a asumir una posición destructiva, iconoclasta, de oposición irracional a todo lo que hagan. Al contrario, queremos que hagan cosas buenas en beneficio del pueblo y estaremos dispuestos y además contentos de aplaudirles. Porque no vamos a hacer como ellos. Nuestra oposición va a ser revolucionaria, y eso quiere decir, consecuente y responsable. Pero, sumamente firme cuando se trate de defender las conquistas del pueblo.

—¿Y usted por qué se hizo revolucionario, por necesidad, por amor, por odio, por no encontrar ninguna otra salida...?

—Nadie puede ser revolucionario por odio. El odio es lo más opuesto al espíritu auténticamente revolucionario. Todo revolucionario lo es por amor. Lo único que diferencia a unos de otros es lo que diferencia al buen samaritano; al ateo, al que según los judíos no podía salvarse porque no creía en Dios y a otro que es un santo. Todo revolucionario es santo. Ahora, muchos de los más grandes santos que yo conozco son ateos, ateos teóricos, es decir, gente que dice que no cree. Pero el creer o no creer no es una cosa tan fácil como decir que se cree o que no cree. Somoza decía que creía. Y creo que Franco también tenía su capellán. No es eso. Creer es amar. Creer es servir. Creer es correr el riesgo de que te vuelen la cabeza y de que en cualquier momento te aniquilen por tu firmeza en la solidaridad.

¿Que cómo llegué a querer al pueblo por este camino revolucionario...? Yo, en lo personal, muchas veces he



pensado en eso. Uno puede ver en toda su historia personal dónde han ido cayendo las semillas que después te han ido concientizando. Yo creo mucho en la vida sacramental. Y el sacramento más importante es la comunión con el pueblo pobre, con los más humildes. Yo recuerdo cuando era joven sacerdote y vivía en Chile y mi trabajo era en las barriadas, en las «poblaciones» como les llaman allí. Una vez, en la casa central que teníamos en Santiago, un día que llego me encuentro con el padre que había sido mi director espiritual en el noviciado. Me acuerdo que estaba conversando con él y yo estaba muy contento. Recuerdo que le dije: «padre, figúrese que pasa una cosa, que yo ya no creo en Dios». Y él se alarmó y como que no quería que nadie escuchara semejante cosa tan escandalosa, y hasta me dijo que nos fuéramos a la biblioteca, y cerró la puerta, para que nadie escuchara. ¿Qué le quería decir yo? Le quería decir: «antes creía en Dios, pero ahora no creo, porque lo veo, lo siento en el pueblo. Lo siento en esos pobres, alcoholicos, sean lo que sean... Veo en la gente con quien trabajo cosas tan maravillosas, chispas de tanta generosidad y magnanimidad que son algo mucho más que humano. Y lo peor es que de repente detecto incluso en mí una capacidad de perdón que yo sé que ya no soy yo, porque yo soy un simple hombre... Y entonces, como fe es aceptar bajo la autoridad de otro algo que no has constatado... digo yo: «ya no tengo fe, porque yo ya lo constaté, lo siento». Pero ¿dónde?: en los más pobres; porque mi vida era totalmente con la gente más pobre y más humilde. Y esa es la desventaja de los curas a los que les toca trabajar con clases de gente adinerada, que vienen de la clase social de la que yo vengo; que tienen tanto barniz que nunca tocas

lo verdaderamente humano... Estoy seguro de que ahí tiene que haber algo bueno, pero es muy difícil verlo, porque no se abren, no hay comunión... Allí, en esos años, en Chile, en las «barriadas», más que en el seminario (aunque yo agradezco mucho el trabajo de toda aquella gente que trató de formarme, comenzando por mis padres), allí es donde realmente me formé, en aquellas barriadas chilenas, en la intimidad de vida con aquella gente de la que aprendí a amar y de la que recibí tanta inspiración y en quien encontré a Dios.

Y eso es lo que pasa. Por ejemplo aquí, con el Frente Sandinista alrededor del tiempo en que se inicia el Frente. Acuérdate que por entonces se da el Vaticano II. Eso trajo como consecuencia el que los colegios religiosos, las congregaciones que tienen colegios revisaron un poco qué es lo que estaban haciendo con esas instituciones. Las escuelas se habían convertido en los lugares donde se preparaban los futuros gánsteres, los explotadores del pueblo, los futuros dirigentes... Los religiosos pusieron en marcha nuevos programas: invitaban a alumnos a pasar un par de meses de sus vacaciones trabajando en una parroquia, en un barrio popular. Y de ahí sale un Luis Carrión, de ahí sale el jefe del Estado Mayor, el general Joaquín Cuadra... Del trabajo en la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles sale aquella comunidad universitaria...

—Y cuando usted ve a un campesino de la UNO, tan pobre que no tiene ni dónde caerse muerto, ¿qué se le ocurre a usted decirle?

—Saludarlo en primer lugar, como a cualquier ser humano. Reconocerlo como mi hermano. Y si descubro que tiene ideas que como tú acabas de decir están por un proyecto de la clase adine-



rada, del imperialismo, posiblemente empezaría con él una conversación, para un intercambio de ideas, para preguntarle que cómo puede ser eso... Yo creo que eso indiscutiblemente se da, pero que no es lo generalizado en Nicaragua.

Pero, para serte franco, no excluyo del ámbito del amor que siento por los seres humanos a nadie por su ideología política. A nadie veo como un enemigo, aunque sí sé que algunos actúan con respecto a mí como enemigos. Por ejemplo el gobierno norteamericano. Pero ni siquiera a ellos los considero como enemigos. Incluso por ellos pido que se conviertan. Para que el mundo pueda estar en paz. Porque mientras sigan siendo y actuando como son y actúan son una amenaza.

No me sorprende mucho que haya gente que tenga otras ideas. Cuatro años trabajé yo en una cárcel de EE.UU. que es de las más famosas en el mundo: Sing Sing. Con gente que tenía otros pensamientos. A mí me gusta eso: siempre he buscado entre mis amigos gente que tenga ideas diferentes; me gusta tratar de saber por qué piensan así; sería muy aburrido estar siempre con los que piensan igual que uno.

—El perdón es una señal de autoridad y de generosidad. Ustedes han perdonado a la contra, han sacado de la cárcel a gente que estaba manchada de sangre y que tienen nombre y apellido concreto. ¿No creen después del resultado de las elecciones, que estos señores de la contra, junto a las fuerzas más reaccionarias del país puedan dar lugar a los escuadrones de la muerte? ¿Y en cualquier caso, no tiene miedo a que lo maten a usted?

—Yo creo que es probable eso que dices de que acá puedan organizarse

escuadrones de la muerte. Pero en realidad ya han existido escuadrones de la muerte. Ha habido varios intentos de «neutralizarme», como dicen. Gracias a Dios, la Seguridad ha trabajado muy bien y se ha podido impedir.

Yo no tengo miedo. Yo soy el hombre más cobarde. Ir al dentista ya me pone los pelos tiesos. Pero yo casi recuerdo cuándo el miedo a la muerte dejó de existir. Casi recuerdo. ¿Ven esa foto que hay ahí de Martin Luther King? Recuerdo un martes de carnaval, el día anterior al miércoles de ceniza, me quedé sólo en mi oficina de comunicaciones sociales de la Editorial Orbis, en Nueva York, y me puse a pensar: «mañana es miércoles de ceniza, otra cuaresma, ¿qué voy a hacer?». Yo no estaba contento conmigo. Mis superiores sí lo estaban conmigo: Decían que la editorial iba muy bien, que los libros... Pero yo me sentía como que no daba todo. Como que iba hasta allí, pero que tenía miedo de correr ciertos riesgos. No estaba contento. Y me preguntaba qué tenía que hacer. Y allí me quedé distraído totalmente como unas dos horas, hasta que me di cuenta de que había pasado todo ese tiempo y me fui al seminario. Se me ocurrió allí una oración, que era: «Señor, ayúdame a comprender el misterio de la cruz; ayúdame a mar la cruz, y dame la fuerza para abrazarla en la forma en que me venga». Mi propósito de aquella cuaresma fue repetir y repetir esa oración. Y es una resolución que siempre cumplí, porque se me convirtió en un hábito. Y la consecuencia de eso fue que ya leyendo los Evangelios veía cosas que antes no notaba con respecto a esto. Empecé a ver la cruz no ya como en la espiritualidad española y latinoamericana, en la que la cruz es de mucha tragedia; empecé a ver la cruz como una cuna, como la cuna donde



nace la vida. Por aquello de que no hay mayor amor que dar la vida por tu hermano, y que el amor es la vida. Entonces la cruz es el mayor acto de vida, la mayor demostración de vida. Y la cruz es la resurrección. Ya es en sí la mayor manifestación de vida.

Que si tengo miedo a que me maten, me preguntas. Lo único a lo que tengo miedo es a ser infiel. La noche de las elecciones pensé: «hicimos todo lo posible. Si éste es el resultado, está bien. Tenemos que analizar cuáles son las posibilidades de seguir la lucha desde esta perspectiva». No puedes hacer más de todo lo posible. Y lo único que te va a dar tranquilidad es tener sólo un objetivo: servir al pueblo y nada más, sin estar apegados a nada. Apegado únicamente, en lo personal, a hacer siempre lo que comprenda que es la voluntad de Dios, en cuanto a la forma de entregarme totalmente a la lucha del pueblo y a construcción de la fraternidad entre todos los pueblos.

—Le quiero preguntar en concreto si por medio de escuadrones de la muerte u otra artimaña la Cia no perseguirá con saña a la gente más caracterizada del Frente Sandinista.

—Eso ha sucedido ya antes, aunque no han tenido éxito, y va a seguir en el futuro. En cuanto a mí, en lo personal, no temo, porque creo que no tengo méritos para tener la gloria para derramar mi sangre por el pueblo. Eso es para los privilegiados. Le dije a mi papá: «no te preocupes eso es para los privilegiados». Y en todo caso, ¿cómo vas a tener miedo a eso, lo más maravilloso que te puede suceder: entrar siguiendo el camino de Cristo y de todos nuestros héroes y mártires y de todos los que en el mundo terminaron la vida en una forma que puso en evidencia que los explotadores odiaban por su so-

lidad? No. El miedo es a que traicionemos, a la traición, a que llegue un momento en que nos acomodemos. Y muchas veces he pensado pedir que me fusilen si me ven alguna vez pidiendo algo. Que no me permitan pedir un privilegio. Le digo al Señor, «que nunca, que nunca se me ocurra pedir un privilegio».

Y otro miedo que tengo, que se me ocurrió en el Viacrucis aquel, es a lo fácil que es distanciarte de la gente si te dejas llevar por el cariño con que la gente te trata, cariño que debes rechazar. Me acuerdo de que en el Viacrucis, cuando llegábamos a algún poblado, a veces, la gente, por cariño, como yo era el cura, me llevaban un taburete para sentarme, mientras todo el mundo se sentaba en el suelo, o en una piedra. Y yo me decía: ¿pero por qué yo tengo que estar sentado en un taburete, mientras los demás...? Lo rechacé siempre. Pienso: si empiezas a aceptar el taburete y cada vez vas aceptando más y más cosas, te vas a ir distanciando poco a poco del pueblo y vas a perder aquella fuerza que te daba la vida sacramental de comunión con el pueblo...

—¿Se puede ser rico y revolucionario, o es incompatible?

—Depende. Si ser rico significa tener en lo personal muchas cosas, es muy difícil, sobre todo cuando la gente no tiene nada. Eso te distancia. Pero incluso en casos como el mío hay peligro. Por ejemplo, yo vivo en una casa mucho mejor que las que tienen la inmensa mayoría de la gente. Yo tengo la biblioteca más importante que existe en el país de libros sobre Nicaragua. Es el trabajo de toda una vida. La empecé a los once años. En mi mente nada es mío, porque todo lo fui recogiendo para entregarlo un día a Nicaragua. Con el triunfo la ofrecí, pero el presidente me dijo: «no, porque se va a des-



truir, seguila». Ahora la estoy entregando. Porque es peligroso vivir de esa forma. Todo el mundo sabe que eso no es mío, y que si muero eso es todo para el Estado. Pero ahora todito lo estoy entregando a la fundación El Madroño, que es donde me quiero pasar a vivir. Quiero cambiar, aunque yo no sea rico, porque yo no tengo una cuenta bancaria, no tengo nada y ahora voy a tener algo. Ahora están pasando para mí la casa donde estoy viviendo. Y yo no quiero tener una casa. En cuanto me la pasen la dono inmediatamente a la fundación El Madroño. Es peligrosos vivir así. Deseo pasarme a vivir cuanto antes a la comunidad que estoy formando, donde quiero compartir mi vida con los más pobres de entre los pobres, es decir, gente que no sólo es pobre en el sentido económico, sino que es pobre porque le falta lo más importante en la vida, que es el afecto y el cariño, porque hay gente que por su condición de lisiado de guerra, de paraplégico, de ciego, de cojo, o de lo que sea... han sido como rechazados. Me mantengo en contacto con muchas personas en esa situación, y el reto grande que quiero enfrentar es hacer una comunidad, y una comunidad no «de caridad», sino una comunidad de vida, porque voy a vivir con ellos, porque es de ellos de quienes recibo la fuerza. Y también porque con ellos quiero iniciar una línea de desarrollo teológico que en 2000 años la Iglesia no ha hecho, que es lo que —usando la terminología de Martin Luther King, quien a su vez la toma de Gandhi— es la teología de la noviolencia. Para mí es la espiritualidad eucarística. ¿Qué quiere decir espiritualidad eucarística? Quiere decir, cómo llegar a una condición que te permita en cada instante de tu vida decir «este mi cuerpo y esta mi sangre están todos los minutos de cada día a dispo-

sición de mi pueblo, de los pueblos, para la construcción de la fraternidad». Es la disponibilidad a seguir en la lucha, a decir la verdad, a hablar claramente en forma inequívoca. Para eso quiero tener una comunidad. Indiscutiblemente vamos a tener que trabajar para vivir, pero también vamos a hacer esa teología, que es una parte esencial del mensaje cristiano, una teología que no se ha desarrollado en 2000 años, porque la Iglesia le tiene miedo al profetismo. Porque la Iglesia le tiene miedo a la cruz. Porque la Iglesia, en gran parte, no es cristiana.

Hay un solo Cristo. Y es el crucificado. Y la cruz debe dejar de ser un elemento decorativo para ponerlo en el centro del templo, un objeto para que los grandes artistas pongan ahí todo su talento en representarla. La cruz debe ocupar una posición central en nuestra vida. Y queremos llevar a cabo todo ello con gente lo más parecida posible —me refiero a su estatuto social y su nivel de vida académico— a la gente con la que Jesús mismo empezó.

¿Es posible ser rico y ser revolucionario? En el sentido estricto de la palabra, no, no es posible ser rico y ser cristiano. Si por ser rico entendemos el utilizar a otros como instrumentos para aumentar las posiciones de uno. La única forma de ser cristiano es mantener una relación de hermandad con todos, ir junto a los demás luchando por la mejoría de todos. Y entre ser revolucionario y ser cristiano, no veo diferencia, porque ser revolucionario es ser santo. Aunque se diga que se cree o no se cree, eso no es lo decisivo, porque lo que importa es la praxis, es la práctica. Y el cristianismo también, si va a ser cristiano tiene que ser santo. Y por lo tanto pobre, en el sentido de las bienaventuranzas: dichosos, felices, bienaventurados los pobres de espíritu.



No quiere decir los «pusilánimes», sino aquellos que son hermanos, que son solidarios, que se pueden desprender de cualquier cosa, incluso de su vida, por amor a los demás, que no están apegados ni siquiera a su vida cuando se trata de defender la vida de los demás. Entonces, sólo siendo pobre en este sentido auténtico de la pobreza se puede ser revolucionario y se puede ser cristiano. Claro que no vamos a hacer una apología de la miseria, porque no se trata de ser miserable.

—Revolución y generosidad, ¿no son dos caras de la misma moneda?

—Evidente. El revolucionario lucha fundamentalmente contra el egoísmo y por la generosidad o el amor. Esas son las dos grandes fuerzas del mundo: el amor y el egoísmo. Y el hombre ha sido creado para el amor. Es como un árbol que tiene que dar rosas, y la gloria del árbol es su más linda rosa. Y la gloria de cada uno de nosotros será nuestro mayor acto de amor. El revolucionario lucha porque el mundo sea un mundo de amor.

—Escuchándole a usted uno cree estar escuchando la canción más profunda de la vida. Se me ocurre preguntar si no será porque volaron ustedes tan alto, porque tuvieron esa profundidad de miras, por lo que el pueblo no los comprendió?

—Yo creo que de lo que se trata es de si nosotros comprendimos al pueblo y de si lo interpretamos, y creo que sí, que en gran medida lo hemos comprendido y tenemos que empeñarnos en seguirlo comprendiendo mejor y en servirlo mejor. Pero creo que sí ha habido un diálogo fructífero entre el Frente y el pueblo. Después de todo, el Frente es del pueblo, ha nacido del pueblo y el pueblo es quien lo ha enriquecido. Así que no son como cosas separadas. En la medida en que se separarán se perde-

ría todo, y creo que esa separación nunca se ha dado. Y como digo, no hay que interpretar el resultado electoral como un distanciamiento del pueblo.

El resultado electoral fundamentalmente significa que gran parte de la gente en Nicaragua estaba convencida de que independientemente de la pureza del proceso o de cualquier otra cosa los estadounidenses no iban a estar psicológicamente preparados para convivir con el proceso revolucionario de Nicaragua. La gente de Nicaragua estaba convencida de que los estadounidenses iban a seguir empeñados en destruirnos y en causarnos sufrimiento y en deteriorar y destruir nuestra economía, y entonces algunos se cansaron. Pero hay que ver el inmenso número de los que no se cansaron. Y yo te digo que en este momento, si las elecciones se vuelven a dar, se ganan por más del 50%. Y eso va a seguir recuperándose. Porque mucha gente lo ha dicho. Y lo ha dicho con un candor y con una simplicidad y de una forma que a mí me parece totalmente inusitada. Porque lo dicen públicamente: «figúrate, qué barbaridad la que he hecho...» Como con una necesidad de confesarse: «hice un mal, voté...». Y lo andan diciendo, con lágrimas en los ojos. Y por eso, nosotros, como dice Daniel, no debemos decir que el pueblo traicionó. Nosotros podríamos como Frente traicionar al pueblo. Podríamos decir a lo mejor que se confundió. Algunos. Pero, como alguien decía, ahí está la sabiduría del güegüence, la sabiduría del indio nicaragüense que viene y dice: le voy a decir que sí, pero le voy a pasar la pelota... Y ahí viene la figura que te decía antes del «repliegue táctico», para tomar oxígeno. Y en realidad, aunque no fue una cosa intencionada, pues realmente quisimos ganar las elecciones, creo que lo que más va a garantizar el



éxito para poder llegar muy adelante en el programa revolucionario de cumplimiento de las aspiraciones de nuestros héroes y mártires va a ser esto que ha sucedido, porque si no el desgaste total hubiera sido casi inevitable.

—Después de los resultados de las elecciones, ¿la utopía ha muerto, o emprende un nuevo camino?

—No, aquí no ha muerto nada. Aquí lo que va a morir son ciertos mitos, en cuanto a quiénes realmente son los que nos han venido agrediendo siempre, y los que siempre han pretendido negarnos el derecho a la independencia y a la autodeterminación. Aquí lo que empieza es un período importantísimo de aclaración.